

LIBERTAD, LIBERALISMO Y TOLERANCIA

POR

MICHEL CREUZET

VII

LA LIBERTAD

Si algún valor sostenemos es la libertad.

Privilegio del hombre inteligente, le permite obrar con conocimiento de causa y decidir sus actos voluntariamente, después de reflexionar.

En eso está la diferencia cualitativa entre el hombre y la bestia.

La privación de libertad es un ataque a la integridad de las personas. La autoridad que se ejerza sobre el hombre deberá tener en cuenta su carácter libre: no es una vaca a la que se lleva al prado, ni un caballo al que se doma.

Si el liberalismo verdaderamente *liberarse*, si trajese un aumento de libertad, en seguida deberíamos darnos por vencidos y decir que la imposición del *objeto*, la imposición de *lo verdadero*, la imposición del *bien*, de los *deberes* y de las *instituciones*... son inútiles, vanas y hasta *escandalosas*. El liberalismo, ¿ha marchado en el sentido de la libertad? Finalmente, desarrollar la libertad es aumentar el amor.

Únicamente el hombre ama realmente, porque, gracias a su inteligencia, puede elegir el objeto de su amor, y ordenar su corazón y su voluntad a ese amor. Permanecer en el amor, crecer en el amor, ¿no es acaso la más alta razón de ser del hombre?

En la vida del hombre todo se ordena al amor, y *la libertad es la condición del amor*.

Es conocida la imagen del joven que esgrime una pistola en di-

rección a su Dulcinea para... forzarla a amarle (70). No es así como se «fuerza a amar». El amor jamás es impuesto: es libre. «El amor libre» es un pleonismo. Sin libertad no hay amor.

«Yo la amaré tanto que ella me amará.» El enamorado busca «conquistar» a la que quiere mediante atenciones, presentes y todo aquello que puede ganarle su corazón *libremente*.

Este apólogo muestra que el camino del amor es, en primer lugar, la búsqueda del *objeto amado*, la búsqueda de un *bien*.

Para obtenerlo, se hacen tantos más esfuerzos y sacrificios cuanto más elevado es ese bien y más vale la pena.

Es una tensión fuera de sí, un despego del «yo» para adherirse al «otro», y luego un don, una elevación del alma con y por el otro. Y esto, en todos los grados del amor.

Una *elección* del mayor amor es también un rechazo de lo que pudiera perjudicar al objeto amado, afligirle y alejarle.

Verdadero combate contra los obstáculos que se interponen entre el *objeto amado* y nosotros.

Hemos tomado como comparación al amor humano. Pero puede extenderse a toda la escala del amor: «desde el amor a los guisantes, hasta el amor a Dios».

Aquel que ama el buen vino sabe beberlo. Para ello busca reunir las mejores condiciones para degustarlo: vasos, temperatura, elección del año, de la cosecha y de los platos con los cuales es necesario servirlo. Emborracharse no es ya amar al buen vino: es abusar de él.

Vemos en todo el papel de la inteligencia la moderación, el equilibrio, el orden y la voluntad de ir hacia el bien.

En cuanto al amor a Dios, basta únicamente con la divisa de Santa Teresa de Avila: *Dios solo*. Aquel que *verdaderamente* ama a Dios es capaz de sacrificarle todo. Ascesis, mortificaciones, penas, trabajos: nada es bastante para podar suficientemente el alma y darla a su Señor, igual que se poda un manzano para obtener mejores frutos cuando llegue la sazón.

La parábola evangélica de la perla preciosa no tiene otro sentido: se vende todo para adquirirla.

(70) Cfr. Jean Ousset: *Liberté-autorité*, págs. 18-19, Ed. Montalza, 1963.

En comparación con esta definición de libertad, ¿cómo aparece la *libertad liberal*?

Hemos visto que la libertad liberal es, en primer lugar, *un rechazo, una repulsa, de todo lo que, desde el exterior, puede ordenar la acción del hombre...; de todo lo que, no siendo el mismo hombre, le amenaza con imponérsele o actuar en la determinación de su comportamiento* (71).

Rechazo y repulsa que pueden manifestarse en diversos grados. La Declaración de los Derechos del Hombre, de 1789, estima que *la libertad consiste en poder hacer todo lo que no perjudique a otro* (art. 4.º).

Esta libertad admite, al menos, obligaciones sociales que pueden estorbarla y molestarla (72). No es la total libertad liberal de los anarquistas, cuya divisa es *ni Dios, ni amo*.

No es la repulsa exacerbada de aquel que llega, incluso, a oponerse a las presiones y condicionamientos exteriores que influyen en su pensamiento... Posición insostenible.

La repulsa de lo que no es «yo» tiene sus límites.

Augusto Comte escribió:

«¿Dónde se encuentra esa pretendida libertad de pensamiento?... ¿En astronomía, en física, en química, o quizá en fisiología? Lo que nos engaña, a este respecto, es la extrema complejidad de la materia, que permite, mientras los fenómenos y sus relaciones sean mal conocidos, conjeturas, interpretaciones y opiniones diferentes, que nos dejan, en suma, la libertad del error. Pero desde que descubrimos una ley, la pretendida libertad de pensamiento se desvanece y desaparece, al menos para quien guarda el elemental respeto a la coherencia intelectual y a la verdad» (73).

Al rechazar todo lo que pueda influir en la inteligencia (hasta la educación, los hábitos del espíritu, etc.), el liberal coherente no

(71) J. M. Vaissière: *Fundamentos de la política*, pág. 163, Speiro, 1966.

(72) Cfr. el texto de E. Benzecri, citado anteriormente.

(73) Cfr. J. M. Vaissière: *op. cit.*, pág. 73.

puede sacar conclusiones por temor a emitir un juicio que no sea exclusivamente «de él».

Al no poder tener confianza en su inteligencia, el liberal no encuentra más que a sí mismo, en lo que su ser tiene de más puramente afectivo e instintivo.

¿Qué llegan a ser mi capricho y mi fantasía cuando la inteligencia ya no los ordena, ya no escoge lo que es razonable y lo que no lo es?

Impulsos sin orden, reflejos de mis humores o de mis digestiones.

Nada, nada ya que dependa de la inteligencia.

Mis actos están entonces *determinados* por las leyes ciegas de mi animalidad.

Chesterton lo nota con humor:

«Desarrollarse, progresar intelectualmente, ¿no significa que se tienen convicciones cada vez más claras?... El cerebro es una máquina de sacar conclusiones; si no llega a ello es que está oxidado. Cuando vienen a hablarnos de un hombre demasiado inteligente (para adherirse firmemente a algo) es casi un contrasentido. Es como si hablasen de un clavo demasiado bueno para fijar una alfombra en el suelo, o de un cerrojo demasiado bueno para mantener una puerta cerrada. No es muy exacto definir al hombre como un animal que fabrica instrumentos, pues las hormigas, los castores y otros muchos animales también los fabrican... Cuando por un escepticismo cada vez más refinado... el hombre rehúsa ligarse a ningún sistema, cuando pretende situarse más allá de las definiciones, retrocede lentamente, en virtud de su mismo proceder, hacia la vaga mentalidad de los animales errantes y hacia la inconsciencia de la hierba. Los árboles no creen en nada. Los nabos tienen una singular amplitud de espíritu.»

Somos llevados a las historias de Voltaire en sus *Estudios sobre el derecho de propiedad y el robo*:

«Los animales, inferiores por naturaleza, tienen sobre nosotros la ventaja de la independencia... En este estado natural

de que disfrutaran los cuadrúpedos indomados, los pájaros y los reptiles, el hombre sería tan feliz como ellos.»

Y J. M. Vaissière comenta:

«Sí: lo que hay que tener es el cinismo de enseñar esto, cuando se admite la concepción liberal o libertaria de la libertad. Concepción de la que es necesario decir que lleva directamente al absurdo en el sentido más filosófico de la palabra (significa contradicción)» (74).

El absurdo, tal es el final del arte cuando se deja llevar a la creatividad pura y sin respeto por las leyes del ser.

La decadencia comenzó por la falta de pudor en la expresión artística: no solamente de pudor moral, sino esa falta de moderación que hace escribir y decir todo lo que se le ocurre, y que no reconoce ninguna jerarquía determinada por la razón, ningún límite y ninguna regla.

«El romanticismo que arranca de Rousseau —escribe Eugenio Vegas Latapié— no se caracteriza por la forma literaria, sino por el fondo; no por el número de actos, la unidad de tiempos o la diversidad de ritmos poéticos y de estrofas, sino porque se ha puesto al servicio de la rebelión del instinto contra la razón, de la sensibilidad contra la inteligencia, de las potencias inferiores contra las superiores.

»La degradación y el horror son cantados y exaltados por los románticos con las imágenes y las palabras más brillantes. El desorden, la anarquía, el mal y el dolor merecen todo su entusiasmo» (75).

El verso de Víctor Hugo *«Amo al sapo porque es feo»* encuentra su pareja, un siglo más tarde, en la negación misma del ser y de la belleza: *«Odio el rostro del hombre»*, declaró Pablo Picasso a Jean Cocteau (76).

(74) Cfr. J. M. Vaissière: *op. cit.*, pág. 166.

(75) *Romanticismo y democracia*, Cultura Española, 1938, pág. 15.

(76) Citado por J. de Fabregues: *La revolution ou la foi*.

¿Poder de la inteligencia eligiendo entre los bienes aquel que mejor conviene a la finalidad (natural y sobrenatural) perseguida por la persona, decisión motivada que ordena después los actos de la voluntad a la decisión tomada?

¿O simple poder de repulsa que deja a la inteligencia sin objeto y entrega al hombre al determinismo de su ser físico?

¿Dónde está la verdadera libertad?

Hemos partido del ideal de la libertad propuesto por el liberalismo, y regresamos a la concepción liberal de la libertad para comprobar el fracaso total del liberalismo:

- en el orden de los hechos y en el de las realizaciones,
- así como en el de la teoría.

Y podemos concluir, una vez más: *imposible liberalismo*.

Obligaciones necesarias

Si miramos más de cerca, veremos que ninguna libertad de repulsa corresponde nunca con la génesis de los actos libres.

El hombre ha progresado siempre gracias a su inteligencia y a su voluntad. Y ha utilizado las fuerzas de la naturaleza para vencer a la naturaleza.

¿De dónde ha nacido el barco? De la necesidad de flotar en el agua surgió la balsa, o el tronco de árbol vaciado. Pero ¿cómo remontar un río o atravesarlo? ¿Cómo resistir a la corriente? El hombre inventó los remos. Era penoso. El hombre tuvo la idea de utilizar la fuerza del viento, que hasta entonces constituía un obstáculo. Más cerca de nosotros, se sirvió de la resistencia del agua como apoyo para avanzar: surgió la hélice.

Esforzarse, utilizar en su provecho los obstáculos naturales, constituye la ley misma de la inteligencia en su papel de fabricante, el más modesto de sus poderes. Lo mismo ocurre con todos los actos libres: el hombre no rechaza más que lo que perjudica a su progreso, bien sea en el orden del espíritu, en el de la acción o en el de la contemplación.

Hasta la necesidad de un orden trascendente no deja de imponerse *al libre juego de la libertad*.

Las cualidades del conductor no se manifiestan en la repulsa al Código de circulación —que le constriñe—, sino en la habilidad, la prudencia, los reflejos... El autoconductor, aunque tenga el poder físico, no rueda por la izquierda. En primer lugar, comprende que violar el orden público, incluso convencional (¿por qué la derecha en lugar de la izquierda, como en Gran Bretaña?), tendría consecuencias graves para los otros y para él mismo.

Si muere, su libertad desaparece. Si mata, va a prisión y su libertad queda comprometida. Aunque fuese más fuerte materialmente que los policías, como en una novela del Oeste, quedaría el carácter *trascendente de un orden*, cuyas prescripciones le *sobrepasan*. Su libertad las *acepta*, porque ve en ellas la *condición* para su ejercicio.

La decadencia del arte depende, sobre todo, de la negativa a luchar contra las dificultades. El Greco no hubiese sido el pintor genial —y tan personal— que admiramos, si durante mucho tiempo no hubiese trabajado en Venecia, con el fin de *aprender su oficio*.

Cada cual no imprime su marca personal más que a aquello que ya sabe expresar.

Orden y trascendencia

Prescripciones y orden siempre tienen una cierta *finalidad*, una *razón de ser*.

Rechazo y repulsa son negativos y subjetivos. Ahora bien, en la realidad de los seres y de las cosas, aparece que todo tiene un *fin* en función del cual está *ordenado*.

J. M. Domenach, director de la revista *Esprit*, criticando la «sociedad de consumo», escribe:

«No se responde verdaderamente a la sociedad de consumo oponiéndole la satisfacción anárquica de las necesidades, el desarrollo de todas las facultades humanas; es necesario oponerle una ética de responsabilidad y de elección, que implica una idea del hombre orientada hacia fines que rebasan

su existencia inmediata. Sociedad "unidimensional": estamos de acuerdo en impugnarla, pero no se saldrá de ella más que restableciendo la otra dimensión, la de la trascendencia» (77).

Jean Cau, agnóstico, piensa que la sociedad actual *se pregunta balbuceando sobre la imposibilidad de vivir la libertad del hombre, si éste está desenganchado de toda trascendencia (78).*

¿Resultados?

La «desesperanza», la «insatisfacción», que claramente ha observado Georges Pompidou en su obra póstuma, el *Nudo gordiano*:

«La persecución del bienestar material para todos en una sociedad de abundancia no basta, y la evolución reciente de las sociedades más adelantadas lo demuestra. El generalizado confort de vida lleva consigo una especie de desesperanza, en todo caso de insatisfacción. Abi está, sin duda, la verdadera partida que juega el mundo moderno...»

»El materialismo de la sociedad no satisface las aspiraciones del hombre y no da un sentido suficiente a la vida...

»Se acerca el momento en que la vivienda HLM, incluso confortable, incluso dotada de refrigerador, de lavadora, de cocina eléctrica y de televisión, y completada con el coche individual, no aparecerá más que como un cuadro de vida, la eliminación de un cierto número de dificultades y de sufrimientos, pero dejará intactos, quiero decir no resueltos, el problema de la felicidad y el del sentido de la vida...»

Otro resultado: la sustitución de un orden fundado por un orden impuesto a la fuerza.

Jean Cau escribe justamente: *«Todavía hace poco la sociedad poseía —si me atrevo a decirlo y si puedo recurrir al sentido etimológico— sus policías espontáneos. Por ejemplo, el padre, el jefe con méritos adquiridos y reconocidos, y, en fin, el sacerdote.*

»De tal modo que el orden, más que impuesto, era consentido y vivido, y sacaba su legitimidad última de una

(77) *Esprit*, agosto-septiembre de 1968.

(78) *Paris-Match*, 26 de mayo de 1973.

trascendencia. El delincuente no era solamente un fuera de la ley, sino un fuera de la moral, pues, con razón o sin ella, ésta era generalmente reconocida, ya que una cierta moral no se discutía, sino que se practicaba espontáneamente sin dividirse por cuestiones... Vacuada de lo sagrado, privada de toda trascendencia, la moral se ve condenada a no ser ya, en el plano de las sociedades, más que la práctica del orden. Como además éste es impugnado por todas partes y asaltado por todos los lados, resulta evidente que el criminal desempeña el papel de primer contestatario y, por poco, el de víctima y héroe... En verdad, toda sociedad tiene la policía que se merece; pues ésta no es más que la emanación del cuerpo social y de las dudas y afirmaciones que le son propias. Cuanto más laica se hace una moral, tanto más el sacerdote está destinado a ser reemplazado por el policía, y las dictaduras, cualesquiera que sean, son la negra ilustración de esta evidencia» (79).

Al describir el liberalismo, hemos descubierto que destruía la noción de trascendencia.

Las opiniones colectivas, decíamos, son el producto de una evolución perpetua y sin finalidad.

Ningún valor estable y permanente, que rebasa el orden material, es admisible con esta óptica.

El análisis del concepto de libertad nos lleva a la misma conclusión.

Sin orden, sin trascendencia, sin finalidad, sin consideración a los fines últimos del hombre, ¿cómo van a ordenarse nuestros actos?

Por falta de autoridades naturales y sobrenaturales reconocidas y obedecidas, el hombre se encuentra solo, encerrado en sus negativas, y, finalmente, es la víctima de un orden exterior y puramente formal del que impugna hasta la legitimidad.

La libertad liberal, por no aceptar obligaciones y reglas, conduce a la dictadura y al reino de la fuerza bruta.

Podemos concluir, un vez más: *imposible liberalismo*.

(79) «Le fond du problème», *Historia*, núm. 291, febrero 1971, reproducido en *Permanences*, núm. 80, mayo 1971.